aula abierta 38
Sección del Suplemento Cultural
Tres Mil en apoyo a los programas
de Lenguaje y Literatura de Educación
Media del Ministerio de Educación
| Diario Co Latino |
| sábado 31 de octubre de 2009 |
San Salvador, El Salvador, Centroamérica
Responsable: Vladimir Baiza

Primer año de Bachillerato

La Generación de la Guerra Civil española: Miguel Hernández

Edgar Alfaro Chaverri

LAS ABARCAS DESIERTAS

Por el cinco de enero,
cada enero ponía
mi calzado cabrero
a la ventana fría.

Y encontraban los días,
que derriban las puertas,
mis abarcas vacías,
mis abarcas desiertas.

Nunca tuve zapatos,
ni trajes, ni palabras:
siempre tuve regatos,
siempre penas y cabras.

Me vistió la pobreza,
me lamió el cuerpo el río,
y del pie a la cabeza
pasto fui del rocío.

Por el cinco de enero,
para el seis, yo quería
que fuera el mundo entero
una juguetería.

Y al andar la alborada
removiendo las huertas,
mis abarcas sin nada,
mis abarcas desiertas.

Ningún rey coronado
tuvo pie, tuvo gana
para ver el calzado
de mi pobre ventana.

Toda la gente de trono,
toda gente de botas
se rió con encono
de mis abarcas rotas.

Rabié de llanto, hasta
cubrir de sal mi piel,
por un mundo de pasta
y un mundo de miel.

Por el cinco de enero,
de la majada mía
mi calzado cabrero
a la escarcha salía.

Y hacia el seis, mis miradas
hallaban en sus puertas
mis abarcas heladas,
mis abarcas desiertas.

Miguel Hernández
Español

Arriba: Miguel Hernández en el frente de batalla. Abajo izquierda, Miguel en la Sierra de Orihuela; luego abajo a la derecha, Miguel leyendo al público y el poeta de 7 años de edad.

Miguel Hernández (1910-1942).
Breve biografía

Poeta español, nacido el 30 de octubre, en la ciudad de Orihuela, provincia de Alicante, a orillas del Mar Mediterráneo, autor de admirables sonetos (*El rayo que no cesa)*, poemas *(Viento del pueblo)* y dos obras teatrales: *El labrador de más aire* y *Quién te ha visto y quién te ve.*

La obra de Miguel Hernández es de gran sentimiento y de gran arraigo popular. Su vigencia no se ha limitado a los libros, cuyas ediciones se suceden año con año, sino que sus poesías, además de profundas y vibrantes, han sido objeto de las notas inspiradas de grandes cantautores de reconocida trayectoria contemporánea.

Tal es el caso del argentino Alberto Cortéz, quien en los años 70´s dio a conocer el arreglo musical para el hermoso poema *Nanas de la cebolla*, el cual, según consta en el poema, Miguel Hernández escribe y dedica a su hijo, "*a raíz de recibir una carta de su mujer, en la que le decía que no comía más que pan y cebolla"*, con lo cual podemos deducir, que la leche, ese sagrado néctar con que las madres nos amamantan cuando estamos pequeños, salía de los pechos con olor a cebolla, este es el hecho que conmueve la enorme sensibilidad de nuestro sufrido poeta, pues estando en la cárcel, no podía precisamente, hacer nada para remediar la precaria situación de su familia.

Pero Joan Manuel Serrat, el famoso cantautor catalán, no sólo retomó la iniciativa y el arreglo del argentino, sino que además, musicalizó otros nueve poemas del bardo alicantino, produciendo un disco homenaje titulado *Miguel Hernández*.

En dicha producción discográfica sobresalen, a mi gusto, *Umbrío por la pena*, *Canción última*, *Para la libertad*, *Elegía*, *El niño yuntero*. No hay duda que Serrat ha hecho un excelente aporte, pues además, hizo el disco homenaje para el poeta Antonio Machado.

¿Sufrido poeta?

Sí, ¿y cuál verdadero poeta no lo ha sido? Miguel Hernández sufrió persecución y cárcel por motivos políticos, su España de vastos viñedos y "abolengo" estaba en plena efervescencia social, y el pueblo español requería con urgencia los cambios que hicieran más potable el cotidiano existir.

Fueron años duros, y durísimos sin duda para nuestro interminable Miguel, quien según la historia, siguió recibiendo cartas y noticias de su amada y de su hijo; y hasta donde sabemos, su canto -pleno de vida- se fugó del cautiverio, pero su pluma no, su pluma murió en la celda el 28 de marzo, víctima de la densa oscuridad que nubló los cielos españoles de esos días, en los que el general Francisco Franco -conocido como el "generalísimo"- pisoteó la libertad de toda España.

Un poco de la turbulenta historia

En 1914, el gobierno de Eduardo Dato, proclamó la neutralidad de España en la 1ª Guerra Mundial, política seguida también por sus continuadores. Pero las intrigas políticas, crisis, coacciones, atentados, huelgas y sabotajes oscurecieron la vida pública del país, minan la autoridad y provocan el golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923, dirigido por Primo de Rivera, capitán general de Cataluña.

Con carácter de dictador, se puso al frente de un Directorio Militar, sustituido poco después (1925) por un Directorio Civil. Su gobierno se caracterizó por el restablecimiento de la autoridad, y el desarrollo de un vasto plan de obras públicas que dotó al país de excelentes carreteras, ferrocarriles, puertos, embalses, etc. Acabó con la larga sangría que para España constituía la guerra de África (1925), pero la oposición a Primo de Rivera era importante entre los viejos partidos políticos, los intelectuales y las grandes compañías extranjeras, afectadas por la creación del Monopolio de Petróleos. Estas circunstancias motivaron su caída el 28 de enero de 1930, y el general moría en París semanas más tarde.

El 12 de abril de 1931, unas elecciones municipales, dieron el triunfo a los candidatos republicanos, y el 14 era proclamada la Segunda República, con Niceto Alcalá Zamora como presidente. Una sublevación derechista fue sofocada en 1932, y en 1933, las derechas obtuvieron mayoría en las elecciones. Cataluña y Asturias se sublevaron en 1934.

Una coalición izquierdista, el Frente Popular, subió al Poder en 1936, y Manuel Azaña, ocupó la presidencia de la República. El general Francisco Franco, al frente del ejército de Canarias y Marruecos, se alzó contra el gobierno republicano, y su movimiento fue secundado en diversos puntos de la península.

Tres años de cruel guerra civil (1936-1939) ensangrentaron el país, y condujeron a la implantación de un estado cuyo jefe fue el propio general Franco.

Poemas de Miguel Hernández

*

Tristes guerras

Tristes guerras
si no es amor la empresa.
Tristes, tristes.
Tristes armas
si no son las palabras.
Tristes, tristes.
Tristes hombres
si no mueren de amores.
Tristes, tristes.

*

Después del amor

No pudimos ser. La tierra
no pudo tanto. No somos
cuanto se propuso el sol
en un anhelo remoto.
Un pie se acerca a lo claro.
En lo oscuro insiste el otro.
Porque el amor no es perpetuo
en nadie, ni en mí tampoco.
El odio aguarda un instante
dentro del carbón más hondo.
Rojo es el odio y nutrido.
El amor, pálido y solo.
Cansado de odiar, te amo.
Cansado de amar, te odio.
Llueve tiempo, llueve tiempo.
Y un día triste entre todos,
triste por toda la tierra,
triste desde mí hasta el lobo,

Miguel Hernández en la Sierra de Orihuela (izq.); Arriba, Miguel Hernández locutando; abajo, retrato de Josefina Manresa, esposa de Miguel Hernández.

dormimos y despertamos
con un tigre entre los ojos.
Piedras, hombres como piedras,
duros y plenos de encono,
chocan en el aire, donde
chocan las piedras de pronto.
Soledades que hoy rechazan
y ayer juntaban sus rostros.
Soledades que en el beso
guardan el rugido sordo.
Soledades para siempre.
Soledades sin apoyo.
Cuerpos como un mar voraz,
entrechocando, furioso.
Solitariamente atados
por el amor, por el odio,
por las venas surgen hombres,
cruzan las ciudades, torvos.
En el corazón arraiga
solitariamente todo.
Huellas sin campaña quedan
como en el agua, en el fondo.
Sólo una voz, a lo lejos,
siempre a lo lejos la oigo,
acompaña y hace ir
igual que el cuello a los hombros.
Sólo una voz me arrebata
este armazón espinoso
de vello retrocedido
y erizado que me pongo.
Los secos vientos no pueden
secar los mares jugosos.
Y el corazón permanece
fresco en su cárcel de agosto
porque esa voz es el arma
más tierna de los arroyos:
"Miguel: me acuerdo de ti
después del sol y del polvo,
antes de la misma luna,
tumba de un sueño amoroso".
Amor: aleja mi ser
de sus primeros escombros,
y edificándome, dicta
una verdad como un soplo.
Después del amor, la tierra.
Después de la tierra, todo.

*

Vino. Dejó las armas

Vino. Dejó las armas,
las garras, la maleza.
La suavidad que sube,
la suavidad que reina
sobre la voz, el paso,
sobre la piel, la pierna,
arrebató su cuerpo
y estremeció sus cuerdas.
Se consumó la fiera.
La noche sobrehumana
su sangre ungió de estrellas,
relámpagos, caricias,
silencios, besos, penas.
Memoria de la fiera.
Pero al venir el alba
se abalanzó sobre ella
y recobró las armas,
las garras, la maleza.
Salió. Se fue dejando
locas de amor las puertas.
Se reanimó la fiera.
Y espera desde entonces
hasta que el hombre vuelva.

*

Umbrío por la pena, casi bruno

Umbrío por la pena, casi bruno,
porque la pena tizna cuando estalla,
donde yo no me hallo no se halla
hombre más apenado que ninguno.

Sobre la pena duermo solo y uno,
pena es paz y pena mi batalla,
perro que ni me deja ni se calla,
siempre a su dueño fiel, pero importuno.

Cardos y penas llevo por corona,
cardos y penas siembran sus leopardos
y no me dejan bueno hueso alguno.

No podrá con la pena mi persona
rodeada de penas y de cardos:
¡cuánto penar para morirse uno!

*

Guerra

Todas las madres del mundo
ocultan el vientre, tiemblan,
y quisieran retirarse,
a virginidades ciegas,
al origen solitario
y el pasado sin herencia.

Pálida, sobrecogida
la fecundidad se queda.
El mar tiene sed y tiene
sed de ser agua la tierra.
Alarga la llama el odio
y el amor cierra las puertas.

Voces como lanzas vibran,
voces como bayonetas.
Bocas como puños vienen,
puños como cascos llegan.
Pechos como muros roncos,
piernas como patas recias.

El corazón se revuelve,
se atorbellina, revienta.
Arroja contra los ojos
súbitas espumas negras.

La sangre enarbola el cuerpo,
precipita la cabeza
y busca un cuerpo, una herida
por donde lanzarse afuera.
La sangre recorre el mundo
enjaulada, insatisfecha.
Las flores se desvanecen
devoradas por la hierba.

Ansias de matar invaden
el fondo de la azucena.
Acoplarse con metales
todos los cuerpos anhelan:
desposarse, poseerse
de una terrible manera.

Desaparecer: el ansia
general, creciente, reina.
Un fantasma de estandartes,
una bandera quimérica,
un mito de patrias: una
grave ficción de fronteras.

Miguel Hernández en la Escuela Santo Domingo en 1920. Es el quinto en la fila superior (de izquierda a derecha).

Músicas exasperadas,
duras como botas, huellan
la faz de las esperanzas
y de las entrañas tiernas.
Crepita el alma, la ira.
El llanto relampaguea
¿Para qué quiero la luz
si tropiezo con tinieblas?

Pasiones como clarines,
coplas, trompas que aconsejan
devorarse ser a ser,
destruirse, piedra a piedra.
Relinchos. Retumbos. Truenos.
Salivazos. Beso. Ruedas.

Espuelas. Espadas locas
abren una herida inmensa.
Después, el silencio, mudo
de algodón, blanco de vendas,
cárdeno de cirugía,
mutilado de tristeza.
El silencio. Y el laurel
en un rincón de osamentas.
Y un tambor enamorado,
como un vientre tenso, suena
detrás del innumerable
muerto que jamás se aleja.

*

Nanas de la cebolla

Dedicadas a su hijo, a raíz de recibir una carta de su mujer, en la que le decía *que no comía más que pan y cebolla.*

La cebolla es escarcha cerrada y pobre:
escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla,
hielo negro y escarcha
grande y redonda.

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.
Pero tu sangre,
escarchada de azúcar,
cebolla y hambre.

Una mujer morena
resuelta en luna
se derrama hilo a hilo
sobre la cuna.
Ríete, niño,
que te tragas la luna
cuando es preciso.

Alondra de mi casa,
ríete mucho.
Es tu risa en los ojos
la luz del mundo.
Ríete tanto
que en el alma, al oírte,
bata el espacio.

Tu risa me hace libre,
me pone alas.
Soledades me quita,
cárcel me arranca.
Boca que vuela,
corazón que en tus labios
relampaguea.

Es tu risa la espada
más victoriosa,
vencedor de las flores
y las alondras.
Rival del sol.
Porvenir de mis huesos
y de mi amor.

La carne aleteante,
súbito el párpado,

Miguel Hernández a la izquierda, luego sus hermanos Vicente, Encarnación y Elvira.

y el niño como nunca
coloreado.
¡Cuánto jilguero
se remonta, aletea,
desde tu cuerpo!

Desperté de ser niño:
nunca despiertes.
Triste llevo la boca.
Ríete siempre.
Siempre en la cuna,
defendiendo la risa
pluma por pluma.

Ser de vuelo tan alto,
tan extendido,
que tu carne parece
cielo cernido.
¡Si yo pudiera
remontarme al origen
de tu carrera!

Al octavo mes ríes
con cinco azahares,
con cinco diminutas
ferocidades.
Con cinco dientes
como cinco jazmines
adolescentes.

Frontera de los besos
serán mañana,
cuando en la dentadura
sientas un arma.
Sientas un fuego
correr dientes abajo
hincando el centro.

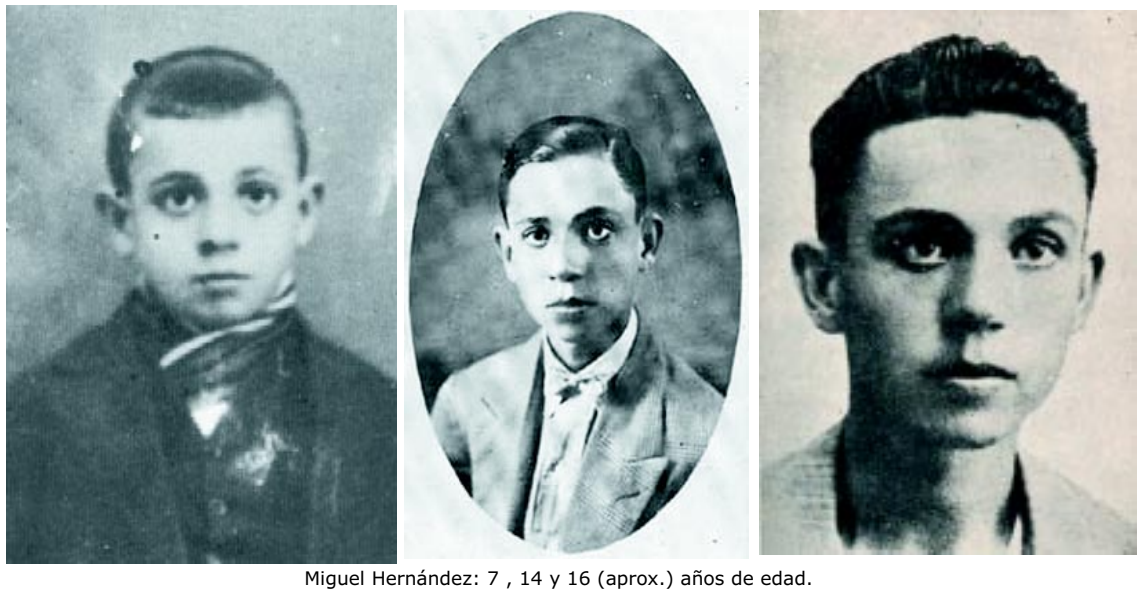
Vuela niño en la doble
luna del pecho
él, triste de cebolla,
tú, satisfecho.
No te derrumbes.
No sepas lo que pasa
ni lo que ocurre.

*

Sentado sobre los muertos

Sentado sobre los muertos
que se han callado en dos meses,
beso zapatos vacíos
y empuño rabiosamente
la mano del corazón
y el alma que lo mantiene.
Que mi voz suba a los montes
y baje a la tierra y truene,
eso pide mi garganta
desde ahora y desde siempre.
Acércate a mi clamor,
pueblo de mi misma leche,
árbol que con tus raíces
encarcelado me tienes,
que aquí estoy yo para amarte
y estoy para defenderte
con la sangre y con la boca
como dos fusiles fieles.
Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre
desdichado y con pobreza,
no fue sino para hacerme
ruiseñor de las desdichas,
eco de la mala suerte,
y cantar y repetir
a quien escucharme debe
cuanto a penas, cuanto a pobres,
cuanto a tierra se refiere.
Ayer amaneció el pueblo
desnudo y sin qué ponerse,
hambriento sin qué comer,
y el día de hoy amanece
justamente aborrascado
y sangriento justamente.
En su mano los fusiles
leones quieren volverse
para acabar con las fieras
que lo han sido tantas veces.
Aunque te falten las armas,
pueblo de cien mil poderes,
no desfallezcan tus huesos,
castiga a quien te malhiere
mientras que te queden puños,
uñas, saliva, y te queden
corazón, entrañas y tripas,
cosas de varón y dientes.
Bravo como el viento bravo,
leve como el aire leve,
asesina al que asesina,
aborrece al que aborrece
la paz de tu corazón
y el vientre de tus mujeres.
No te hieran por la espalda,
vive cara a cara y muere
con el pecho ante las balas,
ancho como las paredes.
Canto con la voz de luto,
pueblo de mí, por tus héroes:
tus ansias como las mías,
tus desventuras que tienen
del mismo metal el llanto
las penas del mismo temple,
y de la misma madera
tu pensamiento y mi frente,
tu corazón y mi sangre,
tu dolor y mis laureles.
Antemuro de la nada
esta vida me parece.
Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene,
y aquí estoy para morir,
cuando la hora me llegue,
en los veneros del pueblo
desde ahora y desde siempre.
Varios tragos es la vida
y un solo trago la muerte.

"Llegó con tres heridas, la de la vida, la del amor, la de la muerte"



Miguel Hernández: 7 , 14 y 16 (aprox.) años de edad.

Miguel Hrenández: Beso soy, sombra con sombra

Por Miguel Hernández guardamos especial afecto, su obra, poesía trunca que si bien parece estar bien acabada, resiente en algunos tramos la estocada de la urgencia; no nos referimos a la forma, mucho menos al contenido, sino simplemente a la joven marcha del poeta hacia otra vida. Morir a los treinta y dos años podrá ser una paradoja para las macetas, pero no para un patriota de pura cepa. La poesía resentirá sin duda, para siempre, su visión de mundo para cuando ya Miguel tuviese plena madurez, y sin embargo, su fruto no es arrebatado, pensamos que mediante un análisis justo, se puede descubrir que su obra cierra un ciclo en realidad.

Ingrato o no para la literatura universal, el canto de este patriota español se fugó para siempre de sus captores, los barrotes de la dictadura siempre fueron inútiles para callar la voz de los poetas, y hoy, mejor que nunca, podemos comprobar que la muerte tampoco es eficaz.

Es obvio que no todo cantor pasará a la posteridad, eso será cuestión del contenido de su obra, del mordiente que tengan sus palabras, de la connotación de sus respectivas imágenes, o sea, dependerá de la trascendencia de la obra respecto de su entorno. Miguel le cantó al amor, a la vida y a la muerte, pero en cada uno de sus cantos denunció la injusticia, hizo de cada uno de sus versos una trinchera contra el odio y la opresión. Sin caer en el *"panfleto"*, Miguel le canta a la libertad.

Izq.: Miguel Hernández en Madrid. Derecha: junto a Josefina Manresa, su esposa, en Jaén.

Muestra poética

El herido

Para el muro de un hospital de sangre.

I

Por los campos luchados se extienden los heridos.
Y de aquella extensión de cuerpos luchadores
salta un trigal de chorros calientes, extendidos
en roncos surtidores.
La sangre llueve siempre boca arriba, hacia el cielo.
Y las heridas suenan igual que caracolas,
cuando hay en las heridas celeridad de vuelo,
esencia de las olas.
La sangre huele a mar, sabe a mar y a bodega.
La bodega del mar, del vino bravo, estalla
allí donde el herido palpitante se anega,
y florece, y se halla.
Herido estoy, miradme: necesito mis vidas.
La que contengo es poca para el gran cometido
de sangre que quisiera perder por las heridas.
Decid quién no fue herido.
Mi vida es una herida de juventud dichosa.
¡Ay de quien no esté herido, de quien jamás se siente
herido por la vida, ni en la vida reposa
herido alegremente!
Si hasta los hospitales se va con alegría,
se convierten en huertos de heridas entreabiertas,
de adelfos florecidos ante la cirugía
de ensangrentadas puertas.

II

Para la libertad sangro, lucho, pervivo.
Para la libertad, mis ojos y manos,
como un árbol carnal, generoso y cautivo,
doy a los cirujanos.
Para la libertad siento más corazones
que arenas en mi pecho: dan espuma mis venas,
y entro en los hospitales, y entro en los algodones
como en las azucenas.
Para la libertad me desprendo a balazos
de los que han revolcado su estatua por el lodo.
Y me desprendo a golpes de mis pies, de mis brazos,
de mi casa, de todo.
Porque donde unas cuencas vacías amanezcan,
ella pondrá dos piedras de futura mirada
y hará que nuevos brazos y nuevas piernas crezcan
en la carne talada.
Retoñarán aladas de savia sin otoño
reliquias de mi cuerpo que pierdo a cada herida.
Porque soy como el árbol talado, que retoño:
porque aún tengo la vida.

Elegía

(En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como del rayo Ramón Sijé, a quien tanto quería).

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas,
y tu sangre se irá a cada lado
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

(10 de enero de 1936).

Me sobra el corazón

Hoy estoy sin saber yo no sé cómo,
hoy estoy para penas solamente,
hoy no tengo amistad,
hoy sólo tengo ansias
de arrancarme de cuajo el corazón
y ponerlo debajo de un zapato.
Hoy reverdece aquella espina seca,
hoy es día de llantos de mi reino,
hoy descarga en mi pecho el desaliento
plomo desalentado.

No puedo con mi estrella.
Y me busco la muerte por las manos
mirando con cariño las navajas,
y recuerdo aquel hacha compañera,
y pienso en los más altos campanarios
para un salto mortal serenamente.

Si no fuera ¿por qué?... no sé por qué,
mi corazón escribiría una postrera carta,
una carta que llevo allí metida,
haría un tintero de mi corazón,
una fuente de sílabas, de adioses y relatos,
y ahí te quedas, al mundo le diría.

Yo nací en mala luna
Tengo la pena de una sola pena
que vale más que toda la alegría.

Un amor me ha dejado con los brazos caídos
y no puedo tenderlos hacia más.
¿No véis mi boca qué desengañada,
qué inconformes mis ojos?

Cuanto más me contemplo más me aflijo:
cortar este dolor ¿con qué tijeras?
Ayer, mañana, hoy
padeciendo por todo
mi corazón, pecera melancólica,
penal de ruiseñores moribundos.

Me sobra corazón.

Hoy descorazonarme,
yo el más corazonado de los hombres,
y por el más, también el más amargo.
No sé por qué, no sé por qué ni cómo
me perdono la vida cada día.

El último rincón

El último y el primero:
rincón para el sol más grande,
sepultura de esta vida
donde tus ojos no caben.
Allí quisiera tenderme
para desenamorarme.
Por el olivo lo quiero,
lo percibo por la calle,
se sume por los rincones
donde se sumen los árboles.
Se ahonda y hace más honda
la intensidad de mi sangre.
Carne de mi movimiento
huesos de ritmos mortales,
me muero por respirar
sobre vuestros ademanes.
Corazón que entre dos piedras
ansiosas de machacarle,
de tanto querer te ahogas
como un mar entre dos mares.
De tanto querer me ahogo,
y no es posible ahogarme.
¿Qué hice para que pusieran
a mi vida tanta cárcel?
Tu pelo donde lo negro
ha sufrido las edades
de la negrura más firme,
y la más emocionante:
tu secular pelo negro
recorro hasta remontarme
a la negrura primera
de tus ojos y tus padres:
al rincón del pelo denso
donde relampagueaste.
Ay del rincón de tu vientre;
el callejón de tu carne:
el callejón sin salida
donde agonicé una tarde.
La pólvora y el amor
marchan sobre las ciudades
deslumbrando, removiendo
la población de la sangre.
El naranjo sabe a vida
y el olivo a tiempo sabe
y entre el clamor de los dos
mi corazón se debate.
El último y el primero:
náufrago rincón, estanque
de saliva detenida
sobre su amoroso cauce.
Siesta que ha entenebrecido
el sol de las humedades.
Allí quisiera tenderme
para desenamorarme.
Después del amor, la tierra.
Después de la tierra, nadie.

Estamos de acuerdo, Miguel; luego del amor, la tierra, y después de ésta, nadie; acaso sólo la poesía, esa que se tensa desde la tierra como un arcoiris para disparar certeras flechas de sangre, palabra y corazón, y recordarnos que la vida son varios tragos, y la muerte uno solo.

Nota:
Después del amor **y** *El último rincón***,** concluyen de manera muy similar, casi idéntica.